

Entrevista con Guillermo Fadanelli

Las mujeres muertas

Guadalupe Alonso

Guillermo Fadanelli nació en la Ciudad de México en 1960. Narrador, ensayista, con algo de editor y muy filósofo, considera que desde la literatura es posible la crítica. Así lo ha demostrado a través de sus textos, ya sea en el artículo periodístico, el cuento o la novela. La prosa de Fadanelli, cargada de humor e ironía, es clara y no admite concesiones, es íntima y a la vez reveladora, rebasa siempre los límites de lo establecido, como si fuera espejo de esa gran urbe que es la Ciudad de México —demoledora y explosiva—, protagonista en varios de sus textos. Mis mujeres muertas, su novela más reciente, Premio Grijalbo, 2012, no escapa a estas características y es, quizá, su novela más confidencial.

El escritor tiene una relación íntima y personal con cada novela que escribe. Hay novelas que son consecuencia de un esfuerzo o de una lógica o de una idea del mundo. Pero hay novelas cuya dirección o sentido no dominas, que se dan de por sí, que aparecen, que son una especie de milagro. Y con *Mis mujeres muertas* ha sido así. En algunas obras me he podido alejar, hacer distancia e incluso planear. En cambio, ésta es una novela con la que tengo poca distancia, por lo tanto es muy difícil que pueda hablar de ella desde un punto de vista objetivo o científico, incluso inteligente. Lo único que voy a hacer es refrendar lo que es la novela en sí, *Mis mujeres muertas*, que es una extensión de mí mismo.

Fadanelli, cuyo paso por la UNAM fue fugaz, en la Facultad de Ingeniería, llega a la entrevista enfundado en una camisa holgada con estampados caribeños y su inconfundible sombrero estilo Panamá. Es un ser inquieto, diáfano y siempre dispuesto a la conversación.

Comencé a escribir la novela en Berlín en el 2007. Nunca me repuse de la muerte de mi madre. Lo cual me parece natural. Nunca me acostumbré totalmente

a la orfandad, pero no sólo eso, además adelanto la muerte de las personas a las que quiero. Siempre estoy pensando en el día que Yolanda [*su pareja*] va a morir. Siempre estoy pensando en el día que mis hermanos se hagan viejos y mueran. Siempre estoy pensando en la infelicidad y en la muerte.

¿No te da miedo?

¡Todo el tiempo! Por eso soy un hombre cobarde y mediocre, porque siempre creo que viene lo peor. Nunca lo mejor. Lo peor siempre está delante y el mal está escondido siempre tendiéndote una trampa. Eso se nota un poco en el personaje de Domingo. Domingo tiene miedo. Tiene miedo de los seres humanos, de sí mismo, de ser un hombre solo. Se ha muerto su mujer, se ha muerto su madre. Sus hermanos, un médico y un abogado encarnan las dos manos del mal. El hombre exitoso para Domingo es un hombre estúpido que ha hecho daño a los otros. Déjame tratar de distanciarme un poco, a ver si es posible, y decirte que Domingo encarna al hombre mediocre, es decir, el hombre que no hace daño, que no busca el éxito jodiendo a los demás, que se aparta. Es un ser marginal, procura su propia destrucción, ama a sus mujeres muertas, es un hombre pudoroso. Hay algo de eso, ¿no?

Por supuesto. Además, a través de Mis mujeres muertas da la impresión de que entablas un diálogo interno que viene a ser como una expiación.

Claro, porque creo que siempre estás en medio de una historia, que la literatura es sobre todo conversación. Es conversación con uno mismo pero, sobre todo, es conversación con el otro porque el lenguaje es justamente el punto de reunión de los seres humanos. Creo que la literatura todavía tiene sentido porque es esencialmen-

te un ejercicio de conversación con el otro. Escribir también sería un acto de expiación. Confías en las palabras —las palabras siempre te traicionan, pero es lo único que tiene el ser humano—. Lo demás es crueldad, pasiones devoradoras, absurdos. La palabra es nuestra liga con el mundo. Por eso todavía creo que la literatura tiene sentido, aunque cada vez menos, en sociedades “tecnologizadas” y maleducadas.

Tu novela va por distintos caminos. Uno de ellos es el momento en que Domingo se pregunta si es posible la conversación de un hombre en su madurez con una adolescente, con Isolda, su vecina.

Estoy, por alguna razón, rodeado de personas jóvenes. Trato de ser cuidadoso y no darles ningún consejo. Los observo. Un escritor o cualquier persona tiene que estar alerta y ser observador. Hablamos, pero la comunicación es fundamentalmente ruido. No sé nunca lo que piensa el otro, siempre estamos a ciegas. Más bien son acercamientos bondadosos con la inocencia. El lenguaje es una vía de acercamiento, no de comprensión. Nunca comprendes exactamente al otro, es decir, nunca lo dominas. Por eso también el lenguaje y la conversación serían ejercicios de humildad. Cuando hablas con un adolescente o con un anciano te das cuenta de que el

lenguaje sólo es un medio de acercamiento, una manera de aproximarse, nunca de comunicarse. Es extraño, escribimos para comunicarnos, pero el lenguaje nos aleja y nos aproxima. De hecho, creo que leer libros te hace más infeliz.

¿Por qué?

Porque te das cuenta de que eres nada, que no dominas, que siempre eres un ser marginal, que existen mundos que nunca conocerás. Te das cuenta de que la infinitud existe, te hace infeliz. Cuando leí a Kafka, uno de mis escritores favoritos, me di cuenta de que nunca puedes tener control de nada, que siempre eres víctima de lo social.

¿Qué más te reveló Kafka?

Me parece que todos sus libros serían como la extensión de la nada, es decir, la anécdota siempre es lo de menos. Lo que importa es la orfandad, la soledad, el hombre que vive siempre en el centro de un equívoco.

Es justamente de lo que hablas en este libro.

Pero he recibido comentarios que centran el asunto de la novela en la ebriedad. Creo que no tiene nada que ver. Domingo es un hombre ebrio. Creo que hay que be-



Guillermo Fadanelli

© Javier Narváez

ber para soportar a la gente sobria, pero no es el centro del asunto. Si tuviera que definir el asunto de la novela, diría que es más bien la melancolía, la tristeza por el mundo perdido, la orfandad como centro del mundo, las mujeres que nos dan vida se van y cuando se van no queda nada. El hombre cobarde siempre a resguardo del mundo femenino. El hombre solo. Creo que el hombre es un ser accidental.

Alguien que te conoce, al leer la novela descubre ciertas afinidades entre el autor y el personaje, Domingo. Por lo general, un escritor intercala su propia experiencia en las historias que relata. ¿Hay algo de autobiografía en Mis mujeres muertas?

El libro parte de una anécdota real, nunca pude llevar la loza a la tumba de mi madre. La loza decía: “El fin no es más que el principio”. Pero el panteón estaba muy lejos: Jardines del Recuerdo. Entonces yo tenía que subir a mi auto y manejar hasta Tlalnepantla. Me tardé

tres años, luego me fui a vivir a Berlín y en el quinto año dije: “Es hora de llevar la loza —que estaba en la cajuela de mi auto—”. Pero, dije: “No, no puedo, es muy lejos”. Y Yolanda, mi mujer, dijo: “Tu madre no puede estar sin una inscripción en su tumba. Además tú eres escritor”. Y ella llevó la loza, ¿sabes?

La pérdida de mi madre, como la futura pérdida de mi mujer —yo no voy a morir, yo creo ser un eterno—, me perturban. Lo peor es cuando la gente que quieres se muere, entonces comienza la verdadera vida que es la vida de la soledad. Ése es el centro de la novela, no la ebriedad. La ebriedad es un accidente.

¿Cuál fue el reto de trasladar tu propia experiencia a la literatura?

Lo primero que un escritor debe hacer es no transcribir literalmente su propia vida. Al contrario, huir de ella. Lo que sucede es que la vida se te impone como una voluntad de poder, como la cosa en sí, diría Shopenhauer después de Kant. Hay que huir de lo que más quieres, tarde o temprano te alcanzará. Y en *Mis mujeres muertas* no traté de escribir mi vida ni la de mi madre, pero se me impuso, como en *Hotel D.F.*, mi novela anterior, el Distrito Federal se te impone, no es un tema. El que trate al Distrito Federal como un tema es un pedante y un arrogante. Una ciudad tan monstruosa no puede ser narrada, sólo sufrida, se te impone. El único escritor que la ha logrado narrar es Carlos Fuentes en *La región más transparente*, pero todavía era una ciudad narrable. Este monstruo yo lo llamo una mala broma de Dios. No puede ser narrado, sólo sufrido.

En varias de tus novelas es protagonista la ciudad.

Porque era más joven. Cuando eres joven eres experto en cometer estupideces. No sé dónde leí, si en una revista de modas o en el avión, una frase que decía: “Una vez que comienzo a hacer el ridículo, no puedo terminar”. Y el joven cree que puede vivir y narrar una ciudad, pero es justamente ese entusiasmo el principio del fin. El entusiasmo es el veneno. Alguna vez en un libro de aforismos que escribí por desvergonzado —ahora soy un hombre pudoroso— escribí que el movimiento es el principio del mal. Hoy en día estoy por la mediocridad, por la tranquilidad, por el alejamiento.

Quizá por eso en el libro sobresale la presencia de escritores rusos: Dostoievski, Chéjov y algún asomo de Nabókov, ya que el personaje de Isolda, una adolescente que observa a Domingo, podría acercarse a una ninfa como Lolita, aunque en esta historia no hay indicios de relación erótica.

No creo que haya mujeres jóvenes ni viejas. La mujer siempre es la misma mujer: tu hermana, tu madre, tu amante, tu abuela, tu hija, es una y la misma mujer. Domingo lo deja claro. Hay un momento en que el perso-



naje conoce a una adolescente y dice: “No sé cómo comunicarme con una adolescente”. Pero con una mujer no requieres comunicarte, la mujer es el mundo. Yo creo que es el principio y el fin. Y el ser melancólico, el hombre ebrio y sentimental que es Domingo, podría ser personaje de cualquier escritor ruso. Siempre digo que la literatura se divide en literatura rusa y todo lo demás. El escritor que tiene alma rusa es melancólico, sentimental, siempre piensa que la desgracia priva sobre el éxito; es un hombre llorón y cobarde, pero al mismo tiempo es el hombre más fuerte que existe porque no es hipócrita, no es cortés, no es un hombre civil. No me imagino a un diplomático ruso.

Dices que el alcoholismo no es el tema de tu novela.

No hablaría de alcoholismo, hablaría de ebriedad, porque pareciera que el alcoholismo es una enfermedad. Hay peores drogas. La bolsa de valores es peor que el *table dance* en Tailandia. La ebriedad es un vehículo de conocimiento. Un hombre tiene derecho a destruirse a sí mismo mientras no haga daño a los otros. No creo que la ebriedad sea un mal. El deseo de poder sí es un mal. La ebriedad es un camino para estar contigo mismo. Yo no soy ebrio, yo bebo. Por desgracia no soy ebrio. Si me preguntaras qué quiero ser: un ebrio simpático o un escritor famoso, preferiría ser un ebrio simpático.

Por la descripción que haces en la novela, pareciera que conoces de primera mano lo que es el estado de ebriedad.

Porque tengo amigos borrachos. Todos los escritores son borrachos. Fitzgerald, el escritor norteamericano, decía: “El escritor tiene que aprender a estar ebrio todos los días. Y, sin embargo, no perder ni lucidez ni reflejos”.

¿Tú lo has logrado?

No, no, yo no bebo tanto. Mis vicios son otros.

¿Cuáles?

Ésos no se revelan.

La novela también cuestiona las relaciones de familia a través de Domingo y sus hermanos, un médico y un abogado.

Peter Sloterdijk, el filósofo alemán, decía que los médicos con una mano te enseñan al diablo y en la otra tienen un cuchillo para operarte. Hay un cuestionamiento también a la abogacía, al derecho. Hay dos profesiones que tendrían que servir para hacer el bien, ser médico y ser abogado. Creo que los médicos y los abogados hoy en día son los hijos del diablo. No he conocido un solo médico bueno ni un buen abogado. Ayer estaba viendo —porque yo veo ya la tele, hago *zapping*—. En lugar de tomar pastillas para dormir hago *zapping*. Estaba viendo por novena vez la película *Buenos muchachos*, *GoodFellas*, y no recordaba que hay un cómico muy fa-

moso que hace un chiste. Dice: “Mi médico me dio seis meses de vida. Como no podía pagarle, me dio otros seis”. Y yo digo que si algún médico me ordena dejar de beber, me busco a uno que me diga lo contrario. Nunca se ponen de acuerdo, ni los médicos ni los abogados. Son justamente la encarnación de las novelas de Kafka.

“Domingo era un hombre pobre. ¿Tenía que lamentarse de eso? La pobreza da seguridad; ¿a qué más puede temérsele cuando se vive con tanta pobreza y tan buena y nutritiva amargura? Había sido un sacrificio colosal para Domingo reunir un dinero extra y cubrir así los honorarios del escultor, pues la cantidad que había heredado de su mujer apenas si le permitiría mal vivir por unos meses. Muerta la madre y también muerta su mujer, ¿faltaba una desgracia más para convertirse en un hombre prudente? Domingo gruñía, y sus quejas eran más bien estertores: ‘Los ahorros, qué vanidad, qué absurdo deseo de alargar la vida más allá de lo necesario; cobardía, ausencia de piedad; pero no tengo más remedio, se almacena el whisky, se almacenan también las monedas, de algo servirá’. Nada de eso: Domingo era el primero en traicionar sus convicciones. Las convicciones, vaya con eso, las famosas convicciones. ¿Cómo gozaba él de su moral incompleta”.

Platicanos de la moral incompleta de Domingo, ¿cómo está eso?

La novela es un hecho moral. No hay novelas no morales. Incluso la ciencia tiene una dirección moral. Puede ser un moralista o una moraleja, pero toda novela es consecuencia de una moral. Por eso Nietzsche en su obra *Más allá del bien y del mal* quería instalarse en un mundo que trascendiera a la moral, pero no puede ser. La novela es una moral, lo que pasa es que hay quien lo reconoce y quien no. Hay escritores que piensan que hacer novelas es una cuestión de ciencia o de trabajo o de oficio. No. Para mí una novela es la consecuencia de una vida, de una idea del bien y del mal, y de la moral.

Y finalmente de eso va esta novela que quizá nos abre ciertos horizontes para entender mejor el alma humana.

Tú sabes que el lector completa la novela, es muy difícil tener distancia. Decía Cioran que el escritor no tiene que explicar demasiado sus novelas a riesgo de convertirse en científico. Las novelas no pueden ser explicadas, deben ser leídas. Lo que yo digo de mis novelas es a posteriori, es una opinión más.

“Para cierta clase de hombres cumplir una misión resulta completamente imposible. Y qué va a importar si la misión es sencilla o no requiere más que de unas cuantas horas para llevarse a cabo; el solo hecho de asumir una responsabilidad los paraliza y vuelve su vida un constante lamento”. Así comienza *Mis mujeres muertas*, de Guillermo Fadanelli. **U**